

**BARCIA, Pedro Luis.** *La identidad lingüística argentina: apodos, comparaciones y muletillas en el habla popular.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2026. 288 p.

Pedro Luis Barcia se erige, sin ambages, como una figura capital en la cartografía de las letras argentinas contemporáneas. Su labor no se circunscribe únicamente a la erudición de gabinete, sino que se proyecta con una vitalidad docente que busca democratizar el saber sobre nuestro patrimonio más íntimo: la lengua.

Esta obra, titulada *La identidad lingüística argentina: apodos, comparaciones y muletillas en el habla popular*, representa una síntesis magistral de su gestión institucional al frente de la Academia Argentina de Letras (2001-2013) y su vocación pedagógica.

En estas páginas, el autor define el idioma no como un catálogo de normas rígidas, sino como una "patria portátil". Barcia recupera aquí la evocadora imagen de Heinrich Heine sobre el Pentateuco —ese territorio espiritual que sostiene al desterrado— para aplicarla al español de los argentinos. Para el autor, el idioma es la herencia inmaterial y el aglutinante social que nos acompaña allí donde nos encontremos, configurando nuestra fisonomía cultural ante el mundo. Abordar la lengua implica, por tanto, entenderla no como un *ergon* (un producto acabado y estático), sino como una *energía* vital, un flujo dinámico que define nuestro sentido de pertenencia. La obra es, en esencia, una exploración del "hontanar" de nuestra habla, donde la observación realista de lo circundante se convierte en materia de análisis científico.

En un escenario globalizado que tiende a desleír las particularidades locales y a imponer un "rostro ajeno", Barcia establece con rigor la urgencia de definir la identidad lingüística. Para el autor, el interés por la identidad nace de la búsqueda de rasgos diferenciadores que permitan reconocer un perfil propio frente a la alteridad. La lengua ocupa un lugar privilegiado en este debate: es, simultáneamente, una creación cultural y el instrumento indispensable para comunicar todos los demás bienes de una comunidad. Por ello, se constituye en el "eje y clave" de cualquier discusión sobre la identidad nacional.

Barcia entra en diálogo con la tradición filológica al citar a Humboldt ("la lengua es el alma del pueblo") y a Herder ("el genio de un pueblo"), pero también confronta posturas escépticas como las de Edward Sapir. El lingüista norteamericano fue categórico

al negar que la forma de un idioma tuviera relación con el "temperamento nacional". Sin embargo, Barcia sostiene que la lengua es un "marcador fuerte" de identidad, aunque reconoce la dificultad de definirla en el contexto hispanoamericano, donde el español es un "condominio" (según la feliz expresión de Gregorio Salvador) compartido por veinte naciones. ¿Cómo distinguir identidades nacionales bajo una misma lengua común? La respuesta reside en entender que la identidad es contrastiva: surge del reconocimiento del "nosotros" frente a "los otros", de los rasgos que logran perdurabilidad más allá de las mutaciones generacionales.

Según el análisis de Barcia, la fisonomía lingüística argentina se define por tres elementos fundamentales:

- **Continuidad y permanencia:** Rasgos que logran perdurabilidad histórica a pesar del proceso dinámico de la lengua.
- **Rasgos distintivos:** Elementos durativos y generacionales que organizan un perfil reconocible (el *idem entis* o identidad de ser).
- **Contraste con la alteridad:** La conciencia que surge al distinguir, por ejemplo, el uso rioplatense de otras modalidades americanas o peninsulares.

El estudio de Barcia rastrea minuciosamente las actitudes históricas frente a la lengua tras la ruptura con España. En el siglo XIX, la búsqueda de una voz propia generó posiciones encontradas. El autor rescata tempranos despuntes de esta conciencia, como la "Sátira" de Miguel de Lavardén (1786), donde el autor ya identificaba el "cholinismo" (uso peruano o limeño) como algo ajeno al habla local, marcando una distinción incluso antes de la independencia política.

Tras 1810, se dieron tres actitudes principales. La **indigenista**, que buscó en lenguas como el quechua un símbolo de soberanía (traduciendo actas y decretos), aunque terminó siendo un gesto simbólico sin viabilidad práctica. La **eurocentrista o afrancesada**, encarnada inicialmente por Sarmiento y Alberdi, quienes veían en el español un cauce estrecho para el pensamiento moderno. Sarmiento, en su etapa de "separatismo brusco", proponía "volcar Europa en América", mientras que el estudio de Manuel Alvar confirma una "inundación francesa" en el léxico de las primeras constituciones americanas. Finalmente, surgió la posición **realista-hispánica**, que aceptaba el legado español como base pero exigía "transfiguraciones progresivas" y una emancipación cultural.

Resulta fascinante el análisis de Barcia sobre la evolución de estos próceres. Alberdi, que en 1837 pedía una "Academia Americana" y afirmaba que la lengua argentina no era la española, terminó aceptando el diploma de la RAE en 1876. En contraste, Juan María Gutiérrez rechazó tal distinción, fundamentando su postura en sus famosas *Cartas de un porteño*. Esta tensión ilustra que la identidad lingüística no es un estado fijo, sino un proceso de negociación constante.

Bajo la presidencia de Pedro Luis Barcia, la Academia Argentina de Letras experimentó una transformación fundamental. Barcia entendió que la institución no debía ser una "hipopotámica creatura académica" alejada de la realidad, sino un organismo que robusteciera la identidad nacional a través de una labor lexicográfica monumental. Este esfuerzo dio lugar a proyectos como el **DiHA** (Diccionario del habla de los argentinos, 2003), el **DiFHA** (Diccionario fraseológico del habla argentina, 2010), el **DiGA** (Diccionario de gentilicios argentinos) y el **DADI** (Diccionario argentino de dudas idiomáticas).

La gestión de Barcia también se caracterizó por una profunda "federalización", reflejada en el *Atlas lingüístico y etnográfico del Nuevo Cuyo* y en los estudios regionales (2004-2006). Pero quizás el mayor logro fue que la "Academia cheta" (el rigor institucional) y la "Academia rea" (el estudio del habla popular y el lunfardo) finalmente "fumaran la pipa de la paz". Este hito simboliza la democratización del estudio lingüístico, integrando voces como las de José Gobello y reconociendo que el habla de "pelo suelto" es un "venero de materia vivaz".

Un ejemplo elocuente de esta tensión y posterior reconciliación es la anécdota que Barcia relata sobre la doctora Alicia Jurado. Durante una sesión para incluir sinónimos en el DiHA, Barcia comenzó a enumerar voces para el órgano masculino: "chota", "goma", "pija", "poronga". La doctora Jurado, mujer de vasta cultura pero inflexible en sus criterios de "buen gusto", lo interrumpió asombrada: "¿Pero Barcia, con qué gente alterna usted?". Esta carcajada académica marcó el fin de los prejuicios que impedían abordar el caudal de la lengua popular con franqueza. La labor de Barcia llevó a la AAL a ocuparse incluso de lo sagrado y lo clásico con una mirada moderna, como la revisión del *Misal diario de la Iglesia argentina* y las ediciones multimedias del *Martín Fierro*, además de hitos como la ponencia disruptiva de Roberto Fontanarrosa en el Congreso de Rosario sobre las "malas palabras".

En la segunda parte de la obra, Barcia se adentra en la oralidad, un terreno a menudo desatendido. Introduce el concepto de "ortopedia lingüística" para referirse a las

muletillas: esas "ripiosas peques" que el hablante utiliza para rellenar el discurso pero que terminan minándolo. Los medios de comunicación actúan aquí como modelos involuntarios pero impositivos, propagando vicios que se filtran en el habla cotidiana por "goteo diario".

El autor realiza una distinción técnica necesaria entre diversas criaturas de la "ortopedia oral":

- **Muletilla:** El apoyo recurrente y vicioso que delata inseguridad.
- **Bordón:** Similar a la muletilla en su función de relleno sonoro.
- **Latiguello / Estribillo:** Frases hechas que se repiten por hábito mecánico.
- **Empuñadura:** Términos usados para "agarrar" el discurso al inicio.

Barcia propone una **tipología funcional** de las muletillas según su valor de posición:

1. **Iniciales:** A menudo en forma de vocativo ("¿viste?", "¿sabés?").
2. **Internas de transición e hilván:** Utilizadas para dar tiempo al pensamiento mientras se busca la siguiente idea.
3. **De convalidación:** Aquellas que buscan el asentimiento constante del interlocutor.
4. **De acompañamiento:** Otras formas expletivas que carecen de carga semántica real.

Para "descubrir y eliminar" estos vicios, Barcia —desde su profunda vocación docente— ofrece consejos implícitos:

1. **Identificación:** Hacerse consciente de la presencia "inquerida y escurridiza" de estos términos.
2. **Análisis de la oratoria personal:** Reconocer si se está abusando de "pequeños ripios" que restan precisión.
3. **Sustitución por silencios:** Entender que el silencio es preferible a la "muletilla ripiosa" que enturbia el mensaje.

Frente al vicio de la muletilla, Barcia celebra las virtudes de la agudeza popular: el "motismo" (estudio de los motes) y las comparaciones. Estos elementos son manifestaciones de la creatividad lingüística argentina, donde el ojo y el oído del pueblo

demuestran una perspicacia privilegiada para el manejo de las segundas intenciones y los equívocos solapados.

El autor desglosa una taxonomía de la sobrenominaión:

- **Nombres elegidos:** Seudónimos, nombres artísticos, nombres de pluma y de guerra.
- **Nombres impuestos:** Apodos, motes y alias.
- **Apodos propios vs. comunes:** Los propios individualizan figuras (históricas o deportivas); los comunes son de uso colectivo y a menudo crueles pero certeros.

Barcia analiza con especial interés los **apodos deportivos** (futbolistas, boxeadores, rugbyers) como marcadores de pertenencia. Asimismo, destaca la "fina poeticidad" de las coplas del Noroeste, rescatadas por Juan Alfonso Carrizo. En su análisis del *Cancionero tabernario* de Carrizo, Barcia distingue entre lo puramente chabacano y los logros ingeniosos que juguetean con lo sacro. Cita, por ejemplo, la copla: "*Qué lindo es estar juntitos / como los pies del Señor: / uno encimita del otro / y un clavito entre los dos*". Estos ejemplos demuestran que el habla popular no es necesariamente grosera, sino que posee una riqueza semántica "arborescente" que se renueva generación tras generación.

Un capítulo fundamental es el análisis de la evolución lingüística de Jorge Luis Borges. Barcia utiliza el poemario *Luna de enfrente* (1926) como un laboratorio de identidad deliberada. En un arrebato nacionalista, Borges decidió "atornillar" vocablos nacionales utilizando el diccionario de Lisandro Segovia, buscando una argentinidad léxica extrema.

Sin embargo, Barcia documenta cómo Borges, en ediciones posteriores, decidió "desterrar el quechuismo" en favor de una lengua común de "latitud general". Los cambios son reveladores:

- El verso inicial de la fundación de Buenos Aires, que decía "*río con traza de quillango*", fue corregido por "*río de sueñera y de barro*", eliminando el término técnico indígena.
- En el poema sobre Quiroga, el argentinismo "*ir al muere*" fue sustituido por "*ir a la muerte*".
- Borges practicó inicialmente la supresión de la "d" final ("*ciudá*", "*eternidá*", "*sé de agua*") para imitar la fonética popular. Esta práctica le valió que Leonardo

Castellani lo apodara mordazmente como el "**Circuncidador de palabras**", por "cortarles la puntita".

Este proceso ilustra la madurez de una identidad que ya no necesita la exacerbación del localismo para afirmarse, sino que se siente cómoda en la vastedad del idioma compartido, sin perder su esencia rioplatense.

La obra de Pedro Luis Barcia constituye un rescate fundamental de la "herencia inmaterial" argentina. A través de este recorrido por la historia, la lexicografía y la oralidad, el autor reafirma que la lengua es mucho más que un código: es un aglutinante social que permitió asimilar el aluvión inmigratorio. La escuela primaria y el servicio militar fueron, históricamente, los instrumentos de esta integración, pero Barcia subraya que hoy la batalla se libra en otros frentes.

La escuela y la radio —donde la lengua "entra por el oído"— siguen siendo los bastiones críticos para preservar la vitalidad del idioma. Barcia nos invita a valorar esa "patria portátil" que nos sostiene y nos define.

Su obra no es solo una cosecha personal fruto de años de observación realista, sino una exhortación a las nuevas generaciones para que protejan este patrimonio intangible, asegurando que el habla argentina siga siendo un "hontanar" provechoso de creatividad y sentido de pertenencia en todo el territorio federal.